

Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Arturo Prat, Iquique
REVISTA CIENCIAS SOCIALES N° 21
Segundo Semestre 2008 pp. 105-113
ISSN 0717-2257

ALVARADO BORGOÑO, MIGUEL. *El sueño de la comunicación: aportes sobre la narración y diversidad cultural en el contexto latinoamericano*. Editorial Putángeles; Valparaíso, 2007. 380 pp.

Antes de comenzar una breve presentación del libro del Dr. Miguel Alvarado *El Sueño de la Comunicación: Aportes sobre la narración y diversidad cultural en el contexto latinoamericano*, quisiera hacer una reflexión sobre un aspecto que tiene que ver con esta obra y otras anteriores del autor. En ellas encuentro un tipo de generosidad muy ajeno a nuestro medio. Escoge a los autores sin sesgos mezquinos, con el sólo afán disciplinario de quien busca desentrañar lo que le llama la atención, usando un modelo de interpretación que lo entusiasma, mientras lo va puliendo en el camino, para ofrecer lo deducido –con inusitado desinterés–, a un mundo fraccionado, lamentablemente no siempre dispuesto. Tal vez sea éste el mejor ejemplo a seguir por las nuevas generaciones, pues la relación generosa no solamente complementa voluntades, sino que genera un ámbito vinculante y heurístico que hemos perdido y que nos hace mucha falta.

Ya en la introducción el autor aborda el análisis de los textos, con excelencia y rigor, haciendo un buen uso del lenguaje y enhebrando hermosas imágenes poéticas que sorprenden a la vuelta de una oración, de una frase. Y en el relato sobre el pueblito de pirquineros entre Copiapó y Diego de Almagro, veo resonancias de aquellas *ciudades invisibles* que Italo Calvino hace contar a Marco Polo a un fascinado Kublai Kan.

Más adelante, nuestro autor expresa una congoja porque “*si la tarea de las ciencias de la cultura es narrar lo diverso, el sueño de la comunicación y la angustia de no darse a entender y de no ser entendido se convierte en un hecho cada vez más creíble* (...). La causa de esta preocupación no podemos eludirla ni mitigarla, lamentablemente, por ser el lenguaje un débil intérprete de lo que se piensa y se desea comunicar. Pues la configuración que trato de entregar utilizando el lenguaje hablado, debo deconstruirla y ordenarla en letras seriadas como hormiguillas, unas detrás de las otras, formando una palabra y después una oración, una frase, un tema. Y el

destinatario, a medida que me va escuchando va decodificando de la misma manera, para luego crear su propia configuración al reconstruir este desfile de letras, palabras y oraciones. Norman Brown se preguntaba, igualmente angustiado: ¿que pueden decir las letras? Y se respondía: “*Ellas son los negros barrotes de la celda donde el espíritu a sí mismo se estrangula de tanto aullar. Entre las letras y las líneas, y todo en derredor de los márgenes vacíos, el espíritu circula libremente; y hay que saber descubrirlo pues escapa a cualquier intento de apresarlos en signos.*” Pienso que tal vez, cuando uno lee un bello verso de Keats, debiera llorar por lo que de este se ha perdido.

No recuerdo bien quien decía, que no había unión posible entre el hombre y la naturaleza transformada por él en su mundo, como tampoco entre las cosas y el lenguaje que utiliza para aprehenderlas. Que sólo hay pérdida, ausencia de todo aquello que se escapa por entre los sonidos y los dedos. Pienso en la riqueza original que tuvo un vocablo en el momento de su creación, y que fue perdiendo su magia por el uso continuo, desgajado del contexto al cual pertenecía, yaciendo en un sinsentido como tantas otras palabras a la que una verbosidad apresurada y superficial va desluciendo. Yo, el poeta, me dolía al respecto: “*(...) pero los conceptos se ajaron tanto / de pasar por entre los dientes, / cómo usarlos / entonces / sin avergonzarnos?*”

Volvamos a nuestro amigo Miguel, del que quisiera decir algo ahora y no dejarlo para el final, pues a veces estos no llegan bien o se presentan de repente y no nos dan tiempo. Miguel, con sus apenas treinta y tantos años de vida, nos ha regalado con varios libros, donde demuestra una madurez académica que pocos de nosotros mostramos a esa edad. Sorprende el dominio que ha ido adquiriendo en áreas que aún son bordes poco explorados entre la antropología y la literatura, generando desde la fricción que logra producir, nuevas luces, nuevas formas de acercamiento y de análisis a los autores a quienes trabaja.

Nos introduce en Domingo Sarmiento, a través de su *Facundo: barbarie o civilización*. A este Sarmiento que piensa al gaucho, de fuerte raíz indígena, como un exponente de la barbarie al que habría que combatir en nombre de la civilización representada por la ciudad. Aquí se analiza con destreza el tiempo social de la creación sarmentina, al tratar de precisar la manera en que, desde una estrategia narrativa de carácter literario, se puede definir un proyecto histórico al interior del texto. Ve la necesidad de vincular la estrategia de construcción del relato con las dos textualidades paralelas que subyacen en éste: la de una novela, con los recursos narrativos implicados, y la discursividad de un ensayo protosociológico, con la consistencia argumental inherente a este tipo de texto. Y su aporte es identificar las voces subyacentes que conjugan ambos géneros. Así, propone que como tal ensayo, debe verse como una utopía de carácter abierto, y en tanto novela, como un relato que alcanza un nivel complejo de polifonía narrativa. Y en ambos géneros, Miguel descubre en el autor un desaire al modelo cultural de la

modernidad, al ofrecer la otra cara del espejo: el racismo, un racionalismo limitado y un desdén por las formas culturales tradicionales.

La pregunta que me surge es: cómo Sarmiento, que explicita un ansia de civilización mirando hacia una Europa de tradición humanista y libertaria, puede negarle valor a la vida rural, cuando los grandes pensadores de ese mundo y de su tiempo, enseñaban que es precisamente en la ruralidad donde se resguardan y plasman los valores y tradiciones de la sociedad. Podríamos pensar que se debe a que expresa la otra cara de la modernidad, ya que ésta, como todas las cosas, no tiene solamente una faz, y en este caso se trata del colonialismo que enmascara su brutalidad pretendiendo ser civilizador. Hay intereses comerciales que requieren de esas inmensas pampas, con miras a una industria agropecuaria que ha decidido prescindir de gauchos e indígenas. El mundo civilizado que se prepara es para los que llegan, no para los que están y nacieron ahí, se trate de originarios o no, pues a éstos se les ha destinado un mundo marginal. Es la entrada de capitales ingleses y ¿por qué no? también del modo inglés de tratar a los nativos americanos, asiáticos o africanos, pues da lo mismo el color, lo que importa es el rendimiento de recursos naturales y de hombres.

El gaucho sentenciado a morir por Sarmiento, es el mestizo de español e india que queda prendido a las labores ganaderas de la hacienda. Como mestizo, quedó fuera de la sociedad colonial, y como peón y mestizo -como sucedió a lo largo y ancho de la América Latina-, quedó fuera de los beneficios de la independencia. Es un desarraigado al que no le queda otra alternativa que la de convertirse en un matrero, en un rebelde. Vi una vez un grabado hermosísimo, tanto por la visión general que mostraba, como por el detalle etnográfico que hacía patente: revelaba a unos gauchos valientes y aguerridos tratando de impedir la entrada del ferrocarril a las pampas, utilizando sus lazos y boleadoras. Como si intuyeran que con la entrada de ese monstruo de hierro se les venía encima un destino similar al de los indios de las praderas norteamericanas.

De la discriminación social por un interés político y económico de Sarmiento, pasamos al autor de *Raza chilena*, Nicolás Palacios, que viene a ser, según Miguel, más que un cronista de su tiempo, un profeta, un revelador que se mueve entre la ideología, el mito como fundamento de toda ritualidad y la utopía como energía de base de un proyecto histórico, que intenta constituir un mito de origen referido a un pasado arquetípico y a un futuro idílico. El destino que va a tener este mito de origen es incierto, aunque Alvarado cree que será un pivote de la derecha chilena para perseguir una identidad anhelada, por serle indispensable darse un rostro unitario.

Pienso que Palacios, tal vez, a comienzos del siglo XX, lo que perseguía era configurar una unidad racial imposible, creando para este efecto un mito que fijaba en el tiempo de los primeros contactos; imposible, porque el mestizaje se había rehibridado -como siguió sucediendo posteriormente- mediante continuos procesos de ajuste a la gran diversidad de colores y sonidos de los distintos paisajes ecoculturales del país. Quizás, Palacios es menos un racista que una figura tardía y marginal del romanticismo alemán, que muy al contrario de este movimiento que poseyó epopeyas magníficas con las que Wagner dio vida a sus óperas, sólo tuvo entre sus manos a andaluces, de la Andalucía mora, a quienes quiso y soñó vikingos.

Más adelante, Miguel aborda en su texto el interesante mito del «buen salvaje», a través de filósofos y de cronistas, asumiendo el momento del contacto español indígena. En el desarrollo de su examen de la bibliografía, pone en escena la cuestión indígena como un problema que habría que asumir desde una perspectiva humanista más que histórica y, de este modo, desde el aquí y el ahora, denunciar la inequidad y marginalidad existentes; hay en nuestro amigo, al tratar estos temas, una no desdeñable dosis de preocupación e interés disciplinario, que no puedo menos que definir, kantianamente, de moralmente responsable.

Hay un autor citado por Miguel, Anthony Padgen, quien, en su análisis respecto de Ginés de Sepúlveda, dice que a pesar de existir una base antropológica común a Vitoria y la Escuela de Salamanca, éste llega a conclusiones distintas; vale decir, utiliza el mismo tipo de argumentación aristotélica para afirmar la esclavitud natural del indígena latino americano. Lamento disentir del autor citado. Lo cierto es que en la Junta de Valladolid, en 1550, la argumentación de Sepúlveda se basa en la doctrina teocrática e imperialista de la razón de Estado. Y, por lo tanto, es arbitraria y sesgada, tanto que en un punto de su argumentación sufre de un delirio etnocéntrico, al declarar que *“los aborígenes por ser gentes inferiores, de capacidad limitada y costumbres bárbaras, están obligados a servir a seres superiores como son los españoles”*. Por el contrario, es Fray Bartolomé de Las Casas quien argumenta desde Aristóteles y dentro de la Escuela de Salamanca. En una parte de su respuesta a Ginés de Sepúlveda en la citada Junta, dice: *“que las guerras de conquista que se han realizado contra los indios son injustas y tiránicas y constituyen una ofensa a Dios, y de ellas se han derivado gravísimos perjuicios para los naturales que se han visto despojados de sus bienes y tiranizados. Los indios tienen los mismos derechos naturales de los demás pueblos, de los que no puede privárseles.”*

Pienso en el profundo respeto que demostró Hernán Cortés ante la magnificencia de la corte de Moctezuma y ante la belleza y orden urbanístico y administrativo de la ciudad primada de Tenochtitlán. La impresión que ésta le causara hace que la compare con Salamanca y con Sevilla en su orden, majestuosidad y administración. Impresión que lo convierte en un relativista cultural cuando escribe al rey que: *“considerando esta gente ser bárbara y tan apartada*

del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.”

Hay algo en la conquista de lo que no se habla. Pienso en las culturas Moche, Chimú y Mochica de Perú, en las culturas Tolita, Capuli y Jama Coaque de Ecuador, que modelaban en arcilla un *ars amandi* que nada tenía que envidiar al de la India, un *kamasutra* andino en actitudes lúdicas, cómicas, ingenuas, que durante siglos representó las mil y una formas de la sexualidad. De gente que vestía regiamente, con tocados de oro y plumas, collares de oro labrado, esmeraldas y piedras semipreciosas. Eso debe haber causado una terrible impresión y haber despertado no sólo indignación entre los frailes que acompañaban a los conquistadores, sino una tremenda violencia inquisicional, pues era gente que venía de los conventos, donde la sola mención del cuerpo era pecaminosa y donde la suavidad de la piel, por sí sola, era sospechosa de sensualidad, debiendo ser castigada, entre ellos, con el cilicio hasta hacerla sangrar como expiación, y en los otros, con la muerte.

Otro tema que aborda Miguel, y que preocupa a los antropólogos desde hace algún tiempo a esta parte, es el de la interculturalidad. Nos dice que si asumimos un concepto amplio de interculturalidad, debemos tomar en cuenta la existencia de distintas expresiones de la diversidad humana en los planos social, cultural y lingüístico, los que representan un conjunto de variables indispensables de ser consideradas, tanto al momento de generar conocimiento científico frente a esta diversidad como, también, al momento de planificar, ejecutar y evaluar la intervención respecto de esta. Además, porque la interculturalidad está ligada a la idea de identidad. Y ésta a la posibilidad del etnógrafo de conseguir pasaje para el otro lado de la línea divisoria entre el yo y el otro, la ambivalencia que K. Pike no resolvió sino que dejó como instrumentos complementarios: lo etic y emic.

Miguel, siguiendo esta idea, cita a Geertz cuando éste plantea que: *“Todo lo que puede llegar a percibir el etnógrafo a través del relato de sus informantes... y de forma bastante incierta, es lo que ellos dicen de, o por medio de o a través de.”*

De aquí nos surge algo interesante. Geertz contrata y utiliza en Bali y también en Marruecos a un personaje que suele designarse con el nombre de “informante clave”. Algo que nos debe llevar a distinguir entre la etnografía de que habla Geertz, y otros muchos antropólogos norteamericanos y europeos, y la que hacemos nosotros, la que hago yo, en la que prescindimos del «informante clave», tal vez porque nadie tiene que traducirnos una lengua exótica. En mi caso, que trabajo con sectores urbanos y rurales, que aunque pertenecemos a subculturas distintas, somos exóticos pertenecientes a comunidades lingüísticas que, con un hablar prudente y atento, podemos llegar a ser mutuamente inteligibles. Desde mi punto

de vista, este personaje del «informante clave» – generalmente ‘creado’ en terreno por el antropólogo–, es imposible que sea un conocedor de toda su cultura como se cree o se le atribuye que es. Hay muchas actividades, entornos e intersticios a los que no puede acceder, pues no detenta el rol requerido. Si es hombre, hay cosas sobre las mujeres que están fuera de su alcance y que, generalmente, éstas no comunican. Igual si se trata de saber acerca del curandero, de los abuelos, del jefe de grupo, del guerrero, de los niños, etc., porque él es siempre sólo una parte de la totalidad de los roles que entran en juego en los sistemas de interacción social de una comunidad, y es imposible que posea la competencia necesaria para dar cuenta de todos ellos. A veces, para no pasar por ignorante, llena los vacíos de lo que desconoce con la imaginación. A fin de cuentas, él solo puede hacer un corte del material del mundo de la comunidad que vive, y el antropólogo, al basarse sólo en la información de éste, vendría a realizar un corte del corte del material del mundo que realiza ese ser particular. La diferencia entre hacer etnografía sujeto a un “informante clave”, y hacerla sin éste, no ha sido asumida, tal vez, porque afectaría a una gran parte de la etnografía realizada en zonas exóticas. No la que hicieron los clásicos, pues estos, si al comienzo utilizaron “informantes claves”, poco a poco se fueron haciendo competentes en la lengua de los nativos y prescindieron de él o, al menos, le restaron el papel clave que tenían en la etnografía.

Más adelante, nuestro amigo Miguel nos introduce con Pierre Bourdieu al fenómeno de la interpretación. En este tipo de materia, no nos haremos solidarios con Lichtenberg, que decía que un texto no es más que un picnic, en el que el autor lleva las palabras y los lectores el sentido. Estoy más cerca de Umberto Eco, que después de la mala experiencia tenida con las multifacéticas interpretaciones que se hicieron de su libro *El nombre de la rosa*, cambió la disposición que mantenía hacia una interpretación abierta y sin límites de un texto, a una interpretación que se abría a considerar la intención del texto, además de la intención del autor y la intención del intérprete. Pero no siendo yo realmente un hermeneuta, la pregunta va por otro lado ¿cómo entra un etnógrafo a un texto? Yo diría que con interés, prudencia y curiosidad, cuidando que la intención no sobrepase la cordialidad y respeto que le debo. Pues entro al texto como si este fuese una comunidad. Y me habla al tiempo que le hablo e interpreto su hablar. Porque el texto se forma para mí mientras viajo por él y, quien así viaja, es autor, intérprete y texto al mismo tiempo.

En una parte de su libro, Miguel reúne a algunos de nuestros antropólogos como exponentes de la *Antropología poética chilena*, los que expresarían su contexto y su época. Y, más aún, dice que en cuanto representantes de un tipo de posmodernismo periférico, se demuestran capaces de transformar su realidad de manera creciente desde un género textual híbrido y original. Pienso que es en el rescate de la *Antropología poética chilena*, con miras a un análisis antropológico-literario, en donde a mi juicio cobra mayor valor académico e intelectual su

obra, tanto a nivel nacional como internacional. Debo sí reconocerme como parte interesada en este comentario, por estar entre los antropólogos que él estudia.

Miguel nos explica el discurso antropológico poético de nuestro país, a veces haciendo él también poesía. Dice que el Otro interiorizado surgiría desde la conciencia hacia el texto y no desde la evidencia empírica propiamente tal. Que el Otro vive dentro del antropólogo literato y no fuera de él. Antes de entrar de lleno en el tema, nos regala con un extraordinario y lúcido estudio de *Tristes Trópicos* de Lévi-Strauss, quien en este texto, más que en ningún otro, va entrelazando una cuidada descripción, una retórica esmerada y hermosos giros poéticos, demostrando poseer un experimentado estilo literario. Siempre regreso a veces a *Tristes Trópicos*, por el entrañable tono de sabiduría que entremezcla en sus descripciones, como también por su magnífica reflexión sobre Rousseau al final de él. Y, asimismo, por sus bellísimas licencias poéticas que uno encuentra a lo largo del libro, ahí y allá: Veamos algunas; en una parte describe: “*un mundo innumerable de pájaros ararás de vuelo esmaltado de azul, de rojo y de oro, mergos zambullidores de cuello sinuoso, como serpientes aladas;*” y luego: “*la siesta que coagula la ciudad entera en una muerte cotidiana;*” y más adelante: “*la hierba salvaje, de un verde lechoso, disimula mal la arena blanca, rosada y ocre;*” y así, muchos otros.

Miguel reflexiona sobre la antropología poética y dice que poesía y antropología representan un punto de partida para el surgimiento de un enfoque multidisciplinario en la literatura, el que no queda capturado ni en la racionalidad científica ni en la estética irracionalizante, sino que se trata de un enfoque humanista, el cual, desde una perspectiva hermenéutica, colabora en el encuentro y el diálogo intercultural. Pero, de forma inmediata, nuestro amigo coloca el límite-frontera que sintieron, al parecer, no frente al texto sino frente al poeta Leonel Lienlaf, el antropólogo poeta Pedro Mege y el poeta antropólogo Raúl Zurita: porque es al autor textual al que se ve reflejado en el texto, en este caso, en el texto étnico, y no un acceso a la complejidad de un sistema cultural originador de esa textualidad.

Miguel espera que cualquier lector culto -exigencia novedosa por lo clásica-, debiera identificar la similitud existente entre los textos de la corriente que llama *antropología poética chilena* y el posmodernismo, que facilita la aparición de textualidades de cruce o híbridas, en donde el experimento textual se enseñoera. Hace la salvedad en dos textos, uno perteneciente al que ahora les habla, aparecido antes de que el concepto mismo de posmodernismo apareciera, en 1975, y el del antropólogo Carlos Piña que publica de manera paralela al surgimiento de este movimiento. Lo que lo hace decir que las expresiones y coordenadas, que son manifestaciones de un proceso cultural que se define como movimiento desde los países desarrollados, por ser una característica cultural de carácter global, emerge similarmente en nuestro país –ni copia ni simulacro– sino de manera independiente.

Para Miguel, en la *antropología poética* el principio de *objetividad* queda en un paréntesis, del cual no sería necesario sacarlo a la luz, liberarlo para que ejerza dominio tiránico alguno. De este modo, dice que se invalida la posibilidad de hacer etnología, pues si la etnografía ya no acumula descripción de verdades absolutas, a nadie le interesa pedir descripciones en las cuales se exige erradicar al observador humano por ser un sujeto. Me he referido a este tema, en otra parte, señalando que, en general, los antropólogos clásicos no tenían esa pretensión de verdad absoluta y, por el contrario, sus proposiciones asumían que la observación que realizaban generaba un producto que era el resultado de un esfuerzo clasificatorio, de la “eliminación, la selección, y la inferencia”; esto es, una abstracción hecha por un sujeto observador. Antropólogos como Nadel y Malinowski son un ejemplo de lo anterior. El último expresaba que los principios de la organización social, de los marcos jurídicos, de la economía y de la religión debían ser elaborados por el observador a partir de un sinfín de testimonios más o menos significativos y más o menos pertinentes. Agregando que “la mayor parte del material etnológico de hoy debe su carácter, - a menudo fragmentario, incoherente y no organizado - al culto de los ‘datos puros’”

Nuestro autor, plantea que el texto antropológico poético, trata por lo general de descripciones en primera persona, donde valores, prejuicios y la propia historia vital del antropólogo poeta definen la narración. Cada vez que se accede antropológicamente a la diversidad en estos textos, se hace desde un “yo rotundo”, donde lo fundamental es expresar la propia subjetividad en aquello que se narra. El común denominador de estos textos sería la autorreferencia.

Finalmente, el Dr. Alvarado nos regala con heroicos, además de rigurosos y, para mí, acertados análisis interpretativos de los textos de Recasens, Piña, Montecinos y Mege, Y luego Zurita y Recasens. No podría abordar esta parte por razones de tiempo, además porque me siento involucrado. Pero sí explicar por qué razón he utilizado el término “heroico”.

Miguel no solamente se ha atrevido a descubrir en la producción de un grupo de antropólogos chilenos una corriente, un movimiento que ha denominado *antropología poética chilena*; sino que los ha sacado a la luz pública; digamos, a la luz del ambiente académico en el cual trabajan. Pero si uno saca a unos a la luz, es porque ha dejado a otros en la oscuridad. Y, también, el sacar a la luz hace que los miren y se miren unos a los otros, produciéndose reconocimientos y desconocimientos, palmaditas en la espalda y desconfianzas. Claro. El culpable es Miguel que, además, se atreve a hablar y a escribir acerca de lo que ellos escriben. Y, yo no diría aquello de que, bueno, somos chilenos, pues esto sucede en todos los ambientes literarios y académicos del mundo. Los que no están citados como miembros del grupo se sienten vejados, y por ahí andan buscando en los desvanes por si encuentran algunas poesías de

cuando las recitaban para las fiestas del colegio. Otros, los citados, he sabido que están sentidos porque está fulano y no zutano. Más allá, alguien ha pensado que esto se trata de una especie de club, y que para ser nombrado por Miguel necesita haber firmado una solicitud y pagado las cuotas. Con todo esto hay material para un sainete, para nada más.

 Mi estimado amigo Miguel, hay generosidad en tu trabajo, además de excelencia y rigor; pero, yo insisto, mucha valentía y coraje. Te felicito sinceramente por esta nueva obra que aprecio como un regalo.

Andrés Recasens Salvo
Profesor de Antropología
Universidad de Chile